

FUENTERABIA

POR

M. E. DOUSSAULT⁽¹⁾

(Traducción de «MARTIN DE ANGUIOZAR»)

Bayona.

Hace de esto muchos años (2). Tenía por fin la dicha de realizar un hermoso sueño largo tiempo acariciado: salía yo para larga excursión a través «las Españas» (3). Estaba en Bayona; unas horas más e iba a ver realmente esa tierra caballeresca, recorrida ya tantas veces en mi imaginación. No temía decepciones y sentía que mi entusiasmo y mi juventud proyectarían de colores mágicos todo lo que yo encontrara. Además, había dejado París con la voluntad decidida, con la firme resolución de saborear enteramente la poesía que debiera ciertamente encubrir la patria del Cid y, para mejor cumplirme a mí mismo la palabra, me hice la promesa de hacerme Español (4) como dependiera de mí.

(1) Publicado en *Le Tour du Monde. Nouveau Journal des Voyages* 1875. *Librairie Hachette et Cie. Paris, Boulevard Saint-Germain* 79. *Londres, King William Street, Strand.* (Nota del Traductor).

(2) Todo este primer relato corresponde a la época de la primera campaña carlista, hacia 1835, como se declara en el curso del mismo (N. del T.).

(3) El original escribe entre comillas (N. del T.). *Cacolet* es el nombre francés correspondiente al castellano *artolas*, «aparejo que, en forma parecida a las aguaderas y compuesto de dos asientos, se coloca sobre la caballería para que puedan ir sentadas dos personas.» (N. de la Redacción).

(4) El original escribe con mayúscula (N. del T.).

Aún antes de haber franqueado la frontera, se me presentó ocasión excelente para poner en práctica una antigua costumbre vasca muy alejada de los hábitos parisinos y que me echaba bruscamente a un mundo completamente nuevo. En el glacis de la puerta de España en Bayona había yo visto un grupo de muchachas alertas y de bello humor que conversaban alegremente mientras consultaban atentas con la mirada a los pasantes que tenían aspecto de turistas. Al lindo traje de las Bayonesas (4) unían como tocado un gran sombrero de paja con amplias alas y adornado de anchas cintas de colores chillones. De ese sombrero se escapaban dos largas trenzas flotando libremente sobre sus espaldas; un chal rojo envolvía el corsaje y sus dos puntas se cruzaban para anudarse alrededor del talle. Junto a ellas, atadas a picotes, se hallaban unas mulas coquetamente enjaezadas y que parecían impacientes por salir. Intrigado por ese grupo tan animado, pregunté a un burgués de Bayona la causa de que esas mozas permaneciesen estacionadas así junto a sus mulos.

Las Cacoletas.—Viaje en cesto.

—Pues bien, esperan que las alquilen. Son cacoletas. Os conducirán donde queráis, y aún a Madrid, si el corazón os lo pide.

No podía ya vacilar. Pensé al principio tomar sencillamente la diligencia, y hasta la encontraba pintoresca. Las mulas enjaezadas que debían arrastrarla me sedujeron, pero las «cacoletas» (3) la aventajaban evidentemente, y por mucho, en color local. Me acerqué, pues, a las bellas Bayonesas (4) quienes, además, adivinando mis ideas se habían acercado en grupo hacia mí, y el arreglo se hizo en seguida. No estaba yo en posición de espíritu que me permitiera regatear durante mucho tiempo. Hubiera querido estar ya en camino. Iba a hacer mi entrada en España de modo verdaderamente original y que hasta sobrepasaba mi esperanza. Concluido mi trato para ser conducido hasta la frontera, solo se requería ensillar mi montura. También eso tenía yo que encontrarlo como sorpresa inesperada, porque iba a viajar en un cesto. En efecto, cada mula llevaba una especie de albarda de la cual se suspendían dos cestos dispuestos de manera a poder servir de asiento, y mi cacoleta me invitó sonriente a tomar asiento en uno de ellos, lo que hice no sin cierto apuro. El otro cesto estaba destinado a la misma cacoleta, y ella se instaló con presteza. Pero antes de subir tuvo cuidado de

colocar cierto número de piedras gruesas, destinadas a compensar la diferencia bastante considerable de peso que existía entre mi compañera de viaje y yo. En cuanto a mi equipaje, fué fijado sólidamente en medio del lomo de la mula. Cuando todo quedó bien instalado, la brava cabalgadura, a pesar del fardo que llevaba, salió con paso alegre haciendo sonar jovialmente sus cascabeles y sacudiendo la cabeza como para hacer brillar al sol las bellotas rojas y las placas de cobre pulido que ornaban su frente.

Hoy, ¡ay!, en vano se buscarían las gentiles cacoletas junto a las fortificaciones de Bayona. La misma diligencia casi ha desaparecido y se cruza la frontera en vulgar vagón. Los espíritus amantes de color local pueden exclamar tristemente: ¡Adiós cestos!

Las leyendas vascas.

Aunque lamentándolo sinceramente, debo declarar no obstante con franqueza que aquellos cestos tan poéticos no eran completamente cómodos y que en un largo viaje podían producir inconvenientes sensibles para los riñones. Su mayor ventaja consistía en ofrecer al turista la sociedad casi siempre muy agradable de una alegre compañera que se complacía en engalanar lo largo de la ruta contando a su huésped algunas de esas leyendas indígenas que hacen la dicha del erudito como del poeta.

Entre las cacoletas había antaño algunas que disfrutaban bajo este punto de vista de grande y justa celebridad. No conocían solamente todos los senderos de la montaña tan bien como un contrabandista, pudiendo dirigir excursiones deliciosas a sitios pintorescos desconocidos cuya hermosura supieron descubrir, no solamente hablaban el vasco más puro con toda su singularidad, sino que tenían a la disposición de sus oyentes de paso un tesoro de narraciones, cuentos que hubieran transportado de contento a un émulo de los hermanos Grimm.

No tenía yo derecho a adjudicarme tal título, pero me gustaba todo cuanto olera al terruño y, en cuanto me hube habituado un poco al asiento, intenté entablar conversación con mi compañera esperando recoger de ella alguna leyenda inédita. No era todo viajar en una cesta; había que procurar añadir a ese placer discutible del cuerpo alguna satisfacción más real del espíritu.

La casualidad me había favorecido en mi elección. Mi cacoletera

no se hizo rogar dos veces y, desde que vió que yo estaba dispuesto a escucharla, no se agotó.

Desgraciadamente he descuidado anotar esos fragmentos de poemas rústicos, idilios campesinos que hizo desfilar ante mí; en todos sus relatos no había quizás nada de muy notable, nada que mereciera la atención de un crítico juzgando con reposo, pero me encantaba aquella verbosidad ingenua, aquella abundancia fácil, y el viaje de Bayona a Beobia me ha dejadouna de las impresiones más agradables que he recogido en mis largos viajes.

Medio sueño poético.—Beobia.

Creo que fué el poeta inglés Gray quien dijo que no pediría por su parte de paraíso sino estar durante la eternidad echado en un diván leyendo constantemente novelas nuevas. No me hallaba yo precisamente sobre el diván que deseaba el poeta inglés, pero gusté en toda su plenitud las delicias imaginativas que aquel estimaba a tan alto precio. Ante un espíritu libre de toda especie de preocupaciones aparecían a la voz de mi compañera y pasaban dulcemente vagos cuadros, figuras variadas y sonrientes que se mezclaban con los paisajes cambiantes de que me hallaba rodeado. Ante mí se erguían a lo lejos las cimas de la cadena de los Pirineos; balanceado por la marcha regular de mi montura y medio dormido, zambullido en ese medio sueño tan propicio al sueño poético, creía ver a veces la cadena entera puesta ante mis miradas tomar vida y movimiento; se agitaba el firmamento, y añadía una apariencia fantástica a las escenas que desarrollaba a mis oídos la infatigable narradora. A la derecha, adivinaba yo el mar, que se dejaba ver de vez en cuando; creía escuchar sus murmullos que confundía a veces con la voz musical de mi compañera: todo en torno mío se confabulaba para hundirme en un embotamiento lleno de visiones, y no podría decir' exactamente cuanto tiempo duró mi viaje. Quedé sorprendido cuando, por la parada de mi mula y por el choque que sentí cuando la caco-letera saltó de su cesto, fuí advertido doblemente de que habíamos llegado.

Estábamos en Beohia, junto al puente famoso, entonces (2) de madera, hoy de piedra, que conduce de Francia a España. Después de salir de mi cesta y de mi sueño, agradecí efusivamente a la caco-letera por el rosario agradable que había desenvuelto a causa mía

con complacencia tan cordial y, ante la sonrisa irónica con que acogió mis cumplimientos, creí apreciar que me sospechaba de haberme dejado llevar durante sus relatos más lejos que del medio sueño. No me atrevo a afirmar si me calumniaba completamente; mas haya escuchado sus leyendas vascas despierto o dormido, me parecerán siempre en mis recuerdos igualmente deliciosas.

El Bidasoa.—Obstáculo inesperado.—Los Cristinos.

Me asombró el silencio que reinaba en torno mío. Cuando la amable cacoitera hubo desaparecido, me hallé al borde del Bidasoa en soledad completa; ninguna de las casas vecinas estaba abierta y sentí haber dejado marcharse tan imprudentemente a mi camarada de viaje que, conociendo la vecindad, hubiera podido indicarme alguna posada, si las había. El único ser viviente que percibí era un soldado que montaba gravemente su guardia en la mitad francesa del puente fronterizo; se hallaba destacado de un grupo bastante numeroso, cuya presencia constate poco después en una calle vecina.

Este centinela parecía observarme con aire de bastante desconfianza. Me acerqué exponiéndole mi apuro y haciéndole saber que me dirigía a Madrid y que deseaba pasar cuanto antes al otro lado del Bidasoa.

—¿Quiere V. recibir un tiro?—, me respondió bruscamente.

En París había oído hablar sin, cesar de la lucha de *Cristinos* con *Carlistas* (5); sabía que Espartero corría tras ZumalacarreGUI y que ZumalacarreGUI corría tras Espartero, pero esta guerra civil de las provincias vascas duraba desde hacía tanto tiempo que nadie la daba mayor importancia. No me había figurado que hubiera peligro en tomar el camino más corto para ir a Madrid.

Una conversación de algunos minutos con el centinela me puso al corriente de los asuntos de la frontera. No había día en que no se oyera retumbar una descarga más o menos nutrida sobre la otra orilla del Bidasoa, ora del lado de Irún, ora del de Fuenterrabía;

(5) En letra bastardilla (N. del T.).

a veces hasta se asistía a escaramuzas en regla entre las tropas reales y las bandas insurrectas. Los Españoles parecían complacerse en dar el espectáculo de una pequeña guerra a sus vecinos los Franceses (2).

Nuestros bravos infantes, que respiraban sin cesar el olor de la pólvora, estaban en el suplicio de no poder tomar parte en la fiesta; obligados a permanecer arma al brazo y a servir de testigos de la pelea, se impacientaban del papel pacífico a que estaban condenados. Felizmente para ellos, a veces una bala mal dirigida venía a perderse en la villa francesa, y este incidente les daba derecho a hacer a su vez hablar a la pólvora, y usaban de él con alegría infantil. En cuanto el delito se había cometido, un movimiento súbito se comunicaba de centinela en centinela a lo largo del Bidasoa, y las cuatro piezas de artillería dispuestas en batería a lo largo del puente de Beobia lanzaban dos o tres salvas de protesta hacia los delincuentes de la otra orilla. Estos, con gran pesar de nuestros soldados, no tardaban en enarbolar, bandera de parlamento y un oficial carlista o real cruzaba el puente y venía a explicar el incidente prometiendo que se tomarían todas las precauciones para que no se renovara, lo que no impedía que a cada momento se produjera la misma escena.

Se ofrecía, pues, un obstáculo inesperado para mí que no había incluido en mi plan de viaje el proyecto de cruzar por entre dos ejércitos en lucha. Resolví esperar un poco para ponerme al corriente de las dificultades del paso y de los medios de vencerlas esperando así que las huestes de Cabrera (6) se dirigieran pronto hacia otro lado.

Horas de ocio en Hendaya.—Panorama espléndido.—Perfil de Fuenterrabía.

Durante casi una semana pasé mis días vagando a lo largo del Bidasoa, llegando cada día hasta las ruinas del viejo castillo de Hendaya, que domina todo el golfo que el pequeño río forma en su desembocadura entre las colinas de Francia y el espolón del cabo Higuier, contrafuerte del Jaizquibel, monte español. Ahí, en completa soledad, permanecía acostado en la hierba dejando correr las horas y disfrutando en paz de admirable panorama.

Tras mí se extendía a pérdida de vista la cordillera de los Pirineos, coloreándose de todos los tonos según las horas del día; a mis

pies se desenvolvía hasta el infinito el inalterable azur de un mar sin arrugas y sin velos; frente a mí, como primer plano, se alzaba fieramente sobre su roca la plaza-fuerte de Fuenterrabía sirviendo sobre la orilla izquierda del Bidasoa como de pareja española al viejo fuerte francés de Hendaya.

Cuando me cansaba de estudiar los matices cambiantes de la luz jugando en las gargantas de la cordillera, cuando hube hartado mis miradas del espectáculo del Océano, las dirigía con curiosidad pasional sobre la pequeña villa de Fuenterrabía, que había yo anotado sobre mi itinerario como primera estación, y que se hallaba ya ante mis ojos, que podía por decirlo así tocar, y donde se me prohibía entrar. Envuelta en su recinto medio desplomado, viéndose coquetamente en las aguas del Bidasoa, parecía mirarme con ironía. En vano ensayé, con ayuda de mi antejojo de larga vista, penetrar en esas calles oscuras y estrechas; no pude distinguir sino la elegante silueta de su catedral (6) y Nuestra Señora de Guadalupe dibujándose en la cumbre de las colinas por las cuales el Jaizkibel desciende al valle de Irún y de Fuenterrabía.

Tentación.—Las orejas de los Ingleses.—Forzoso abandono de mi itinerario.

Sabía que existían tesoros pintorescos por descubrir, tanto más seductores cuanto que eran poco conocidos, y a pesar de los consejos que me daban los oficiales con los cuales conversaba diariamente, estaba decidido a afrontar las balas de los *Cristinos* contando para protegerme con mi buena estrella y mi perfecta buena, fe de turista inofensivo, cuando una aventura trágica acaecida a dos viajeros ingleses vino felizmente a curarme de toda tentativa imprudente.

Estos dos turistas creyeron como yo demasiado ingenuamente en la inmunidad de que debían gozar los extranjeros completamente neutrales entre los dos partidos que se disputaban a España, pero pagaron cara su confianza. Capturados por Carlistas (4), fueron, según la manera clásica en estos casos, conducidos por ellos a la montaña. Habiendo el gobierno de Londres autorizado la intervención de una legión británica para acudir en ayuda del gobierno español, los carlistas desesperados se creían con todos los derechos.

(6) ?..... (N. del T.).

contra los Ingleses, así es que enviaron al cónsul de Inglaterra las orejas derechas de los dos turistas que desdeñaron los avisos por los cuales les previnieron que esa mutilación salvaje sería llevada a cabo a sus compatriotas si en fecha fijada no se había provisto cierto rescate. Pero hay más, un nuevo aviso comunicaba que si este rescate se hacía esperar, las orejas izquierdas sufrirían el mismo destino que las orejas derechas.

Sentimiento persistente.—Nueva marcha.

Decididamente había más peligro en cortar las líneas de los *Carlistas* y de los *Cristinos* (5) que en cruzar las tribus de Pielas Rojas; quería regresar a París y, después de haber echado una tarde mi última e inútil mirada sobre la inaccesible Fuenterrabía, cuyas murallas y catedral brillaban lanzando a todos lados rayos de fuego bajo los reflejos de una admirable puesta de sol, hice mi adiós al país Vasco (4) para entrar en España por una puerta más hospitalaria.

Tras muchas vueltas y contratiempos, desembarqué en Barcelona e hice una exploración a través de España; recorrí como todos las Castillas y la Andalucía; mas a pesar de disfrutar de las maravillas que en estos últimos años han hecho familiares a los lectores el lápiz poético de Gustavo Doré y la pluma encantadora del Barón Davillier, tenía siempre un hiriente sentimiento en el fondo de mi corazón: no había visitado Fuenterrabía.

A mi regreso, no dejé de encontrar amigos de esos que después de haberme interrogado acerca del viaje que acababa de hacer y sabiendo que no había visto tal o cual sitio, se apresuraban a exclamar graciosamente:

—¡Ah!, querido, le compadezco, ¡habeis dejado lo mejor que hay!

Involuntariamente, hablaba siempre primero de Fuenterrabía como de uno de esos *desiderata* (7) (5) de mi exploración, y mi confesión levantaba siempre en los oyentes exclamaciones llenas de compasión:

—¡Cómo!, ¡no ha visto Fuenterrabía!..... ¡Pero, entonces, no ha visto España! No valía la pena de ir..... ¡Qué!, ¿ha pasado V. un mes en Castilla?..... Ahora sabe V. que es una de las regiones más

(7) Literal (N. del T.).

infortunadas, más sucias, digámoslo, de la tierra; en cuanto a Andalucía, es la España de los Españoles, es la España de los Moros, es Africa. La España verdadera, la que ha guardado el genio de esta raza heroica, la que ha creado una poesía original, la que ha sido inmovible en sus luchas con los herejes, que no se ha rendido jamás, que ha conservado siempre, aún en nuestra edad de hombres de negocios e indiferentes, el espíritu caballeresco y de fe, esa es la España del Norte, y en la España del Norte las ciudades más interesantes, más dignas de la simpatía de los que aún guardan cierto respeto hacia las virtudes, pasadas de moda, de antaño, son esas pequeñas villas fronterizas de los Pirineos, esas ciudadelas hoy derrumbadas, donde el Moro no plantó nunca su pabellón infiel y donde cada piedra desplomada en el foso representa el sacrificio a la patria de millares de vidas desconocidas..... (8). Y ¿no habeis visitado Fuenterrabía!

¿Qué podía yo contestar a tanta elocuencia? En el fondo, debo confesar que yo pensaba como esos importunos. Los encontraba poco amables al no declarar digno de ser juzgado sino aquello que yo no había visto, pero me decía por lo bajo a mí mismo que tenían razón. En todas mis excursiones la roca de Fuenterrabía, ese primer perfil pintoresco que la tierra de España me ofreció, se representaba persistentemente en mi memoria, y hasta en Toledo, hasta en Granada, se erguía ante mi imaginación como para ocultarme lo que se hallaba ante mis ojos.

Había que terminar. Esta obsesión continuaba haciéndome desgraciado aún cuando había terminado mi viaje; era como un coleccionador de medallas que no puede mirar su medallero sin constatar que le falta la pieza misma que debe ser la principal y el honor de su colección.

Treinta años después.—Ya no hay cacoleteras, pero sigue la fusilería.

—La estación de Hendaya y la isla de los Faisanes.

Tuve que esperar muchos años antes de poder llenar esa laguna que vino a ser cada día más dolorosa. Por fin el último invierno me fueron favorables las constelaciones y salí como los peregrinos

(8) Dejamos los comentarios al lector; nuestra única misión consiste en traducir lo más fielmente posible dentro de la modesta capacidad con que nos desenvolvemos (N. del T.).

que otrora salían únicamente. para besar el altar de Santiago de Compostela. Yo me iba para ver únicamente Fuenterrabía. No obstante, contaba aprovechar también mi viaje para conocer la región vasca de los alrededores.

Antes de disfrutar de las alegrías que debía producirme lo que era para mí el cumplimiento de un voto, ¡cuántas decepciones me produjo esta orilla del Bidasoa que hace treinta años era tan atractiva en su soledad! Todo es ruido, agitación, edificaciones nuevas allí donde en otro tiempo había yo probado los encantos del silencio en el seno de un paisaje delicioso. Como lo he dicho ya, fué en vano que buscara en Bayona el grupo de *cacoleteras* (5) por el rincón de la plaza de España: reconocí el lugar que ocupaban, pero habían desaparecido los mulos empenachados y los grandes sombreros de paja. Fué mucho peor en Hendaya, que ha venido a ser estación del ferrocarril internacional de París a Madrid. Todo lector conoce Hendaya sin haberla visto: la arquitectura de las estaciones es de una monotonía y de una vulgaridad implacables; la de Hendaya, además, no es mas que una barraca de madera, provisional desde hace no sé cuantos años. La desembocadura del Bidasoa había perdido a mis ojos todo su carácter. Pude, por decirlo así, medir métricamente la cantidad de poesía que treinta años de progreso industrial hacen perder a un paisaje. Por lo demás, la misma naturaleza parece contribuir a despojar a ese rincón del mundo de sus antiguas seducciones: sabido es que la isla de los Faisanes se roe y va desapareciendo cada vez más llevándose con ella un brillante recuerdo histórico; a su paso por Beobia, Teófilo Gauthier, notando lo que queda de ella en las aguas del Bidasoa, la comparaba sin miramiento a un lenguado frito de tamaño medio; pronto escapará la isla a injurias de este estilo, pues las aguas del Bidasoa se la llevarán sin duda toda entera.

Al constatar estos estragos de la civilización, sentía cierta inquietud por Fuenterrabía. La primera vez no la visite porque las bandas carlistas impedían su entrada; hoy ¿la iba a dejar de ver porque la industria moderna y su «banda negra» (3) la habrían demolido? Gracias a Dios la orilla izquierda del Bidasoa no había sufrido tantos trastornos como el borde francés. Del lado de Fuenterrabía, me dijeron, todo quedó como antes, y hasta las tradiciones se respetaban tanto que con treinta años de distancia volvía a encontrar una insurrección carlista en plena actividad, y oía como antes retumbar la fusilería. La frontera se guarda como antes; no

me podía quejar: España permanece fiel a sí misma. No se hablaba más de *Cristinos* y de Zumalacarregui, aunque bajo otros nombres la misma guerra civil daba a esta frontera aquel mismo interés dramático. Desgraciadamente, ya no poseía la despreocupación un poco cruel de la juventud, y estas luchas fraticidas de las que no ví antaño sino el lado brillante y aventurero, me llenaban hoy de tristeza inspirándome profunda compasión por la infeliz España.

Sea lo que fuere, esta vez se me aseguró que podía entrar en Fuenterrabía sin correr ningún riesgo de perder mis orejas.

Entrada en Fuenterrabía.—Su encanto único.—La calle Mayor.

Entré y me instalé. Tenía la intención de pasar tan solo unos días y permanecí en ella varias semanas para dejarla con pesar. Como compañero de viaje venía un pintor de talento, que me acompañaba algo por complacencia, burlándose de mi amor por un burgo desconocido, y al cabo de un mes compartía mi pasión por todo el país vasco y por Fuenterrabía en particular.

¿Pero cuál es el encanto tan cautivador de esta villa?

Basta un instante para sentirlo con todo su poder. Entrad en Fuenterrabía por la puerta principal y subid lentamente por la calle Mayor, o gran calle, que conduce a la iglesia y al palacio. Este solo paseo revela a los ojos todo un mundo viviente, animado, que nuestra imaginación había entrevisto sin poder revestirlo de los colores verdaderos y brillantes de la realidad. Es un efecto parecido al que produce la vista de los palacios señoriales al entrar por primera vez en Florencia: todo el siglo décimosexto italiano toma de pronto vida desconocida y sale, por decirlo así, de entre las sombras grisáceas en que la abstracción y la lectura de los libros mudos la habían dejado, para ingresar en una luz radiante. Del mismo modo, en las callejas admirables de Fuenterrabía, bajo sus balcones de mil arabescos sabios, a la sombra de esas casas esculpidas, ennegrecidas por los siglos, tras sus ventanas enrejadas de celosías complicadas, creemos ver súbitamente reaparecer una muchedumbre de figuras admirables que la poesía ha consagrado para siempre y que el tiempo se ha llevado también para siempre.

He aquí el encanto de Fuenterrabía y he aquí lo que tan solo se puede dar en esas pequeñas villas del norte de España. Los que deseen conocer la vida española contemporánea en su jovialidad

bulliciosa y rozagante, vayan a Sevilla la Linda; quienes se complazcan en contemplar los sepulcros blanqueados, acudan a Córdoba; los adoradores del Profeta y de los califas, diríjase a Granada; los políticos, véanse en Madrid; pero prohibo el viaje de la península sin una parada en Fuenterrabía a los poetas, a los artistas, a los pintores que quieran penetrar en el corazón de la España antigua.

Los palacios.—Callejas y balcones.—Escudos gigantesos.—Aparición de Rosina.

¿Dónde encontrarían tan apretados los unos con los otros y conservando aspecto tan altivo los *palacios* (5) pomposos y severos, otrora residencia de aquellos *hidalgos* (5), de aquellos grandes de España que han perdurado en justicia como el tipo del honor, de la dignidad inalterable, de la lealtad inflexible? Esas moradas de sesgo tan noble, se ven destrozadas, es cierto; los techos y las escaleras se derrumban, los dorados de los artesonados se han borrado; pero por privilegio elocuente, lo que han respetado el tiempo y las balas del enemigo, lo que ha permanecido intacto a través de los siglos, son esos escudos gigantesos que campean sobre las fachadas y donde con armas y divisas se perpetúan los sentimientos más íntimos y generosos que hicieron palpitar las almas de aquellos antiguos señores.

¿Veis esas habitaciones más modestas junto a palacios de puertas claveteadas de hierros históricos cerca de las cuales se perciben aún los anillos de hierro labrado en que se ataban los caballos de batalla. o de carrusel? No tienen el aire aristocrático de sus vecinas, mas si ya no os hablan de combates épicos, ¿no parecen murmuraros todas esas cantinelas amorosas, todos esos estribillos alados, todas esas *coplas* (5) (7) a la vez líricas y burlescas en que se desenvuelve desde hace siglos la imaginación inagotable del genio español? A la revuelta de ese ligero balcón suspendido sobre la calle como una cuna esculpida, ¿no habeis visto pasar la sombra de Almaviva o de Don Juan? Les consideraban como personajes de novela o de teatro, pero esa ventana enrejada ¿no es la de Rosina misma? ¡Cuántas veces mientras dibujaba en esas calles mágicas, oí una pequeña voz harmoniosa que cantaba una canción que aún tararean mis recuerdos!

Visiones y espejismo de tiempos pasados.—Diálogo con un canónigo docto.

Ese espejismo perpetuo que pone la imaginación en estado poético de intensidad y encanto indecibles, lo he encontrado únicamente en Fuenterrabía.

Pasábamos nuestros días dibujando, devorando cuanto nos rodeaba; nos esforzábamos por recoger y reproducir la fisonomía tan original de esas asombrosas habitaciones, todas distintas y todas hermanas, en que se abrió camino una fantasía tan libremente creadora. No hay casuca que al paso no solicite el lápiz, y hubiéramos deseado, cediendo a todas las invitaciones que de ese modo se nos hacían, llevarnos la villa entera en nuestra cartera. Tuvimos, de buena o mala gana, que hacer una elección. Nuestros lectores pueden juzgar hoy si hemos estado bastante felices en llevar con nosotros una imagen parlante de esta ciudad tan miserablemente y tan realmente española (9). Ahí está precisamente el doble carácter, la antítesis pintoresca que por todas partes llama la atención y seduce al artista. Al recorrer esas calles a la vez tan sombrías como soleadas, es imposible no pensar en maravillosas fiestas, en locos esplendores de los reinados de Carlos II o de Felipe V, en los abigarrados cuellos de los caballeros cubiertos de terciopelo y oro agitando sus amplios sombreros empenachados de plumas; pero ante estas visiones de fiestas regias pone la realidad un cuadro de desolación, miseria, que mezcla al placer interior una melancolía punzante. La vieja Fuenterrabía está aún en pie y, sin embargo, está al mismo tiempo tan completamente muerta que es en vano que pregunten al campesino que pasa el nombre de los antiguos dueños de esas mansiones de arquitectura opulenta que llenan la calle Mayor. Si los campesinos, condenados a no vivir imaginativamente sino en el presente, ignoran esos nombres que me parecían hallarse en Fuenterrabía en todas las memorias, si su indiferencia es excusable, la clase esclarecida vive evidentemente con esos recuerdos que son el consuelo de la miseria e impotencia del tiempo actual. Fuertemente convencido de ello, me dirigí un día con tono de plena confianza a un canónigo (6) que salía de la catedral (6).

(9) El texto va acompañado de preciosos dibujos de Fuenterrabía tomados del natural (N. del T.).

Después de haberle saludado con el respeto filial y sumiso que se debe testimoniar en España a un padre espiritual de esta categoría, le pregunté si tendría la bondad de decir a un extranjero el nombre de, los dueños de algunos de esos palacios cuya sombra proyectada en la plaza la llenaban enteramente,

—Ciertamente, Señor: esta es la casa del señor López, amigo-articular mío y buen cristiano.

—Le agradezco, Padre, pero lo que he tomado la libertad de preguntarle es el nombre del antiguo poseedor.

—El poseedor antiguo era el padre del señor López, que falleció en estado de gracia y debidamente confesado, como lo requiere nuestra Santa Madre Iglesia, quien.....

—Perdón, Padre, pues no me hago comprender bien; quiero decir el nombre del señor que edificó antaño el palacio para él y los suyos.

—Esos, hijo, hace tiempo que están muertos, y quiera Dios tener su alma.....

Esa es toda la información que pude obtener de aquel sabio canónigo y no insistí más en pretender descubrir el incógnito de esos palacios. De uno de ellos, el más imponente de todos, se me indicó como fundador al conde de Torrealta. Es una mansión del siglo diecisiete, de ventanas cuadrilaterales sobrepuestas de frontones greco-romanos de un diseño a la vez pesado y grandioso. Toda la arquitectura del Renacimiento español está resumida en esa fachada que determina al mismo tiempo una época histórica.

La iglesia de Nuestra Señora.—La bola inevitable.—Las armas parlantes de Fuenterrabía.—El poema del escudo.

El interés capital de Fuenterrabía se encuentra en el estudio de sus moradas privadas, nobles o plebeyas, en la fisonomía de sus calles, en las mil perspectivas inesperadas que ofrecen al artista; pero al lado de estos tesoros, por decirlo así, personales, que se recogen en cada uno de sus paseos, hay dos monumentos que saltan a la vista y que ambos son dignos también de atraer el turista a Fuenterrabía: son la iglesia de Nuestra Señora y sobre todo el palacio de Carlos Quinto (10).

(10) Acerca de la arquitectura de esta región se consultará con provecho el *Voyage archéologique dans les pays Basques* por M. Cenac-Moncaut (Nota del Autor).

Como la mayoría de las iglesias de Guipúzcoa, la iglesia de Fuenterrabía ofrece mezcla de varios estilos; detalles pertenecientes al Renacimiento se asocian bien o mal a un conjunto que pertenece a la arquitectura ojival. Construída en el siglo xv, fué terminada en el xvii. El obispo de Bayona, al cual la Santa Sede y el rey de Castilla no habían aún desprendido de la supremacía de las provincias Vascas (4), vino a consagrarla en 1542, probablemente después de una restauración considerable que se hizo en esa época.

Al exterior, lo que llama la atención primeramente es el campanario y la cúpula. Cuadrado en la parte que sobrepuja inmediatamente al pórtico, este campanario se convierte en octógono a la altura de la techumbre; ricas y espesas pilastras greco-romanas sostienen una cúpula muy elegante rodeada de esferas o bolas en cada uno de sus ángulos. No se podría decir cuantas veces han servido esas bolas de ornamento a los edificios españoles de los siglos décimosexto y décimoséptimo. Este motivo, cuando ha sido notado una vez, parece representarse en todas partes. Me acordaré siempre de la molestia que me produjo cuando visité El Escorial donde se repite con una monotonía desesperante. En sí, esta bola o esfera no tiene quizás nada que deba chocar; no obstante, la forma redonda empleada así no me parece tener gran elegancia; pero lo que la achacaré sobre todo es no poseer ningún sentido para el espíritu, a menos que no sea tal vez una alusión a la esfera del mundo, lo que no sería ni muy claro ni muy ingenioso. En efecto, creo sencillamente que un arquitecto de aquella época, turbado por encontrar la cima de un pináculo, imaginaria colocar esta esfera, figura que su compás trazaba como si dijéramos por sí mismo. Era el tiempo en que la arquitectura rectilínea desechaba lo que llamó caprichos ilógicos del arte ojival; la esfera pareció completamente en armonía con los nuevos principios de la «sana arquitectura» (3) y se propagó en la península como una epidemia. Es así como en Italia cuando el altar mayor de la iglesia de San Pedro de Roma recibió las columnas torneadas de gusto muy discutible que la decoran o más bien la perjudican, inmediatamente no hubo en la región circundante arquitecto de pequeña ciudad o hasta de villorrio que no aspirara también él a erigir sobre el altar de alguna iglesia sus columnas torneadas más o menos orladas de guirnaldas. Este hecho, además, se reproduce en multitud de casos. Cuando en una región se percibe un campanario de forma original, puede afirmarse que tiene o tendrá su imitador en la vecindad. Es muy raro que no se encuentre más

que una sola vez. Así es que fué sin la menor sorpresa que encontré en torno de la cúpula de Fuenterrabía las eternas bolas que me habían ya perseguido en número tan grande de excursiones, y puedo decir que las esperaba cuando las saludé con la familiaridad que puede uno permitirse respecto a los viejos conocimientos.

Tras esta cúpula que en la parte alta puede recordar de lejos la cúpula de los Inválidos, lo que hay de más notable es el presbiterio. Formato de tres capillas consolidadas por altos contrafuertes que se repiten sobre los flancos, está alumbrado al sur y al norte por una gran rosa sin cruceros; en el levante toma su luz por ventanas ojivales; alrededor, una galería cruzando los contrafuertes por puertas de dinteles derechos que descansan sobre cartelas, sigue por todos los salientes y entrantes formados por las tres capillas.

En la puerta del norte, una rosa sin cruceros y una ojiva abocinada, igualmente sin cruceros, alumbran los dos tramos: he ahí testimonios evidentes del siglo quince; pero si pasamos a la fachada del oeste, nos hallamos de pronto en pleno siglo diecisiete. La gran puerta es un arco de medio punto recubierto de bóveda ornada de una serie de pequeños paramentos cuadrilaterales acanalados; cada recaída se apoya sobre una columna dórica estriada, mientras que los lados del alfeizamiento presentan disminuciones a ángulos.

En el interior, demasiado rico, el recinto forma tres naves en arcadas ojivales con laterales menos elevadas que la gran nave. El fondo del templo se halla ocupado, como sucede frecuentemente, por elegante tribuna llamada *choro* (5) (7) y consagrada a los cantores. La bóveda de esta tribuna ofrece salientes complicados. Se nota una gran corona y un medallón que representan a la Virgen teniendo a Jesucristo. Las bóvedas están decoradas de ricos artonados. Los arcos que reúnen las cuatro balaustradas de naves tienen esbeltas ojivas que nacen bruscamente de los flancos de los pilares. Sobre los capiteles de esos pilares se hallan esculpidos animales que semejan perseguirse: un perro muerde a un pez junto a un león y a un buey, etc.

La decoración interior es notable por sus altares dorados y esculpidos, tan ricos y tan ornamentados, que, además, se ven en otras muchas iglesias españolas.

En suma a este templo no le falta grandeza ni interés, aunque hay que reconocer que posee en su conjunto el carácter de demasiados edificios del siglo XVII; puede encontrarsele majestad, riqueza y a veces hasta amplitud; los arquitectos de ese tiempo eran con

frecuencia hombres instruidos en su arte, mas les faltó aquella poesía que da tanto encanto a edificios mucho menos sabios del siglo doce al dieciséis.

La sacristía merece mención particular porque ella sola forma una construcción considerable y digna del edificio de que forma el anexo. De las ventanas se extiende la vista sobre panorama encantador que me recordó las horas pasadas antaño sobre las ruinas del fuerte de Hendaya contemplando un cielo, un mar, montañas que luchaban a cual desplegaba más infinito ante mi vista.

Sobre la puerta de esta sacristía, el cabildo de la catedral ha hecho restaurar y cuida con esmero el escudo de la ciudad de Fuenterrabía en que se leen en la lengua del blasón todos los altos hechos de la ciudad. Sin analizarlo ni comentarlo, queremos por lo menos describirlo rápidamente, pues este escudo es todo un poema. Está dividido en cuatro cuarteles. En el primero, sobre campo de oro figura un *ángel* teniendo una *llave*; en el segundo, un león rampante sobre fondo de plata; en el tercero, un velero sobre ondas verdes y una *ballena arponeada*; en el cuarto, una *sirena* teniendo un *espejo* y un tritón que muestra una *granada*. En el centro, sobre escudo más pequeño, figura en fondo de azur una *torre de plata* sobre *ondas verdes* y sobrepuestas de dos *estrellas de plata* (11).

Dejo a mis lectores el cuidado de descifrar este pintoresco enigma heráldico.

La fortaleza.—Palacio de Juana la Loca.—Magnífica construcción. —Grandiosa ruina.

El monumento que más llama la atención es la fortaleza, cuya masa domina a toda la ciudad.

El castillo de Fuenterrabía fué construído por el rey de Navarra Sancho Abarca, que reinaba hacia 907. Encierra dos partes muy distintas, la fachada del poniente, situada del lado de la plaza y que debe datar de 1550 o todo lo más de 1600, y las construcciones mucho más antiguas que dominan al Bidasoa.

La primera parte, atribuída a Carlos Quinto, es conocida bajo el nombre de palacio de Juana la Loca. Es un edificio cuya arquitectura parece haber querido exagerar a propósito el aspecto macizo.

(11) Se hallan con letra bastardilla en el texto original cuantas palabras van en este párrafo escritas con aquella letra (N. del T.).

Los muros tienen hasta tres metros de espesor. Están atravesados en la planta baja por una gran puerta en arco estilo Todor, de cuatro troneras y cuatro ventanas cuadrilaterales sobrepuestas por una especie de cuarterón. En el primer piso ya no hay más que dos aberturas en cuadrado largo y una ventana semejantes a las de la planta baja. En el segundo piso el muro está completamente privado de ventanas y no ofrece sino estrechos huecos de cañón.

Nada más magnífico como construcción y aparejo que esta parte del castillo de Fuenterrabía; pero es de una magnificencia lúgubre. En el interior del edificio no ofrece la menor traza de ornamentación. Es que fué obra de aquella monarquía severa que encontró su héroe en el austero Felipe II.

Se puede observar que esta fachada ofrece disposiciones completamente opuestas a las de los castillos edificados durante la Edad Media en el mediodía de Francia: sus plantas bajas, y a menudo sus primeros pisos, se veían invariablemente privados de toda abertura y no se osaba abrir ventanas sino en los pisos superiores. Es a la inversa en el castillo de Fuenterrabía, y el efecto producido nos parece más original y más chocante.

Cuando se entra en el cuerpo posterior, se apodera de uno la tristeza al contemplar por todas partes muros, que se derrumban guardando gran donaire. Aquí y allá se ven algunas trazas de arquitectura que pronto habrán desaparecido del todo. Frente a sí, se alzan murallas de altura inmensa flanqueadas de una torre redonda en cada ángulo.

Un muro de recinto, que se inicia en las dos extremidades del castillo de 1600, rodea a las viejas construcciones y forma una nueva fortificación delante del Bidasoa.

Los actuales habitantes del palacio.—Antítesis simbólica.—Recuerdos militares de la fortaleza.

¿Qué encontramos en este castillo, que recuerda nombres tan célebres y donde el poderoso emperador Carlos Quinto dejó su memoria; en el que sin duda tuvieron lugar antaño tantas fiestas; en el que tantos brillantes caballeros se juntaban durante los días de regocijo o de combates?..... Grupos de mendigos y de comediantes que han tomado plena posesión de toda la parte habitable y que viven ahí sin que la autoridad piense en hacerles salir a la fuerza.

Vimos flacas ancianas medio desnudas, niños en harapos y cubiertos de miseria pasar y volver a pasar por esas amplias salas aún tan majestuosas. El contraste de esta miseria contemporánea con el antiguo y grandioso palacio que la sirve de albergue es como símbolo y resumen de la historia de la desgraciada España. ¡Cuántas veces no vemos esta oposición al recorrer sus pueblos! Nos vimos profundamente emocionados al presenciar a qué humillación consentía reducirse la autoridad española a un monumento que, aunque también él arruinado, recuerda su parte en las glorias nacionales. Si la inercia y la rutina no tuvieran su participación en el poder que sabe ahogar hasta los sentimientos más naturales de piedad patriótica, nada sería más fácil que dar empleo más digno a esas ruinas venerables. Nadie sueña en cuanto a reinstalar la población de soldados que allí todo recuerda; Fuenterrabía parece haber renunciado para siempre a ser lo que fué otrora con tanta bravura: el guardián vigilante de la frontera. Lo mismo que en nuestro lado desarmó Hendaya, Fuenterrabía ha dicho igualmente adiós a la gloria, militar.

Y, sin embargo, ¡qué fortaleza podría enorgullecerse de anales más heroicos! Si los Españoles parecen haberlos olvidado, nosotros, Franceses, no podemos ignorarlos, porque una gran parte de esa gloria fué adquirida desgraciadamente a expensa nuestra. En todas las guerras, tan numerosas, que tuvieron por teatro a las dos vertientes de los Pirineos, Fuenterrabía ha desempeñado necesariamente papel importante puesto que se contaba entre las plazas que se llamaban las llaves de España.

Durante nuestra permanencia en Fuenterrabía nos agradaba, para reanimar a las ruinas que nos rodeaban, evocar todas esas luchas del pasado; tratábamos de resucitar deshojando la historia todas las batallas que se libraron en nuestro horizonte, y no hubo siglo que no nos aportara algún cuadro vigoroso y viviente.

Sería todo un libro el contar la historia militar de este pequeño lugar tan descuidado hoy, y en ese libro se vería reflejarse como en un fragmento de espejo la historia entera de dos grandes naciones. Desde Carlomagno hasta Napoleón fué necesario que todos los más celebrados jefes de ejército contaran en sus cálculos con ese castillo que se desploma.

No podemos reproducir aquí los recuerdos sin número que para nosotros habían rendido tanto brillo y honor a las viejas murallas que teníamos bajo la vista, mas, hay no obstante algunas escenas que es absolutamente preciso conocer en cuanto se pone el pensa-

miento en Fuenterrabía. Entre los asedios sostenidos por Fuenterrabía, hay uno que fué de los más funestos para nuestras armas, pero que no por eso podemos desviar de él las miradas; es sobre todo en nuestros días cuando nos hace falta saber contemplar con mirada firme nuestros desastres; son más instructivos que nuestros éxitos.

Francisco I y el traidor Foxet.—Richelieu.

El primero de estos asedios nos retrotrae al reinado de Francisco I, de valiente memoria. Entonces como hoy, como durante toda su historia, España era presa de la guerra civil; los comuneros (5) (7), nombre de los insurrectos de aquel tiempo, acababan de ser vencidos; su general Padilla había sido decapitado en la plaza pública de Villalar, pero había dejado a su hija María Pacheco (12), que tenía sed de venganza y que llamaba a las armas a los habitantes de Toledo; la revolución estaba pues aún ardiendo, y el gobierno de Madrid se hallaba lejos de haberse repuesto en posesión de la autoridad. Francisco I, que guardaba muchas injurias que vengar, creyó la ocasión favorable y, sabiendo a Carlos Quinto ocupado en Flandes, lanzó un ejército a España.

Durante algunos días los Franceses, antes de llegar a Fuenterrabía, encontraron una resistencia obstinada ante el pequeño lugar de Maya, mandado por un capitán que más tarde daría mucho que hablar de él creando una milicia bien distinta a la que dirigía entonces; ese capitán tan valeroso era Ignacio de Loyola (13). Debió no obstante ceder el paso al ejército del rey de Francia, una parte del cual, mandado por el almirante Bonnavet, fué a poner sitio ante Fuenterrabía.

Las murallas fueron violentamente cañoneadas y reventadas por Bonnavet, que entró victorioso por la brecha el 6 de octubre de 1521.

Desgraciadamente, tras dos años de ocupación, el gobernador de la plaza, llamado Foxet, tomó la más extraña de las resoluciones. Juzgándose en peligro y atemorizado por la proximidad de tropas enemigas bastante numerosas, salió de Fuenterrabía *sin combate* (5) el 25 de marzo de 1524 restituyendo la plaza a los Españoles, muy

(12) No era su hija, sino su esposa (N. del T.).

(13) El lector se percatará de la confusión que aquí sufre el autor. (N. del T.).

asombrados y muy dichosos de tal abandono inesperado. El bello hecho de armas del bravo almirante Bonnavet quedaba así absolutamente perdido por la falta de un jefe incapaz o cobarde. En aquel tiempo las faltas de ese género no tenían a nadie que las disculpase o que las hallara circunstancias atenuantes; eran seguidas prontamente de castigo ejemplar, el cual no se hizo esperar para Foxet. Bajo orden de Francisco I, que supo esa noticia con la mayor cólera, Foxet fué degradado y acusado de infamia a presencia del pueblo en la plaza pública de Burdeos; su escudo fué roto y se le intimó orden de no ser jamás bastante osado en aparecer ante el rey.

Fué bajo el reinado de Richelieu, en 1638, cuando los cañones franceses abrieron por segunda vez brecha en los muros de Fuenterrabía. Es preciso leer al mismo Richelieu el relato de este asedio que tuvo para nosotros un resultado muy desdichado, juzgado por el cardenal con esa sinceridad altiva y dura que le es familiar.

El mariscal de Berwick.—El capitán Lamarque.—Testimonios de honor.—Ruinas y escombros.

Durante la minoría de Luis XV, el mariscal de Berwick se apoderó de Fuenterrabía el 18 de junio de 1719. El rey de España Felipe tuvo la intención de marchar al socorro de la plaza «contando con el efecto que produciría sobre los Franceses el que el nieto de Luis XIV enarbolará contra ellos las flores de lis, y decía que aunque fuera solo estaba determinado a presentarse ante ellos» (3). Pero el prudente ministro Alberoni, que no compartía las ilusiones del rey, tuvo gran cuidado en desviarle por las montañas, y Felipe no llegó a Fuenterrabía sino cuando la plaza estaba tomada.

También la República, como la antigua monarquía, luchó contra la fortaleza de Fuenterrabía. En 1794, en el tiempo de la primera coalición, nuestro ejército acababa de cruzar el Bidasoa; el general Fregeville, acompañado del representante del pueblo Garrau, marchó rápidamente sobre Fuenterrabía con trescientos hombres escogidos. Avanzó hasta la puerta de la ciudad. Una descarga de metralla le obligó a retirarse en el momento en que iba a forzarla. Trescientos hombres cayeron a su lado; pero muy lejos de renunciar a su empresa, consiguió tomar posición sobre una altura que dominaba al recinto. Envío entonces dos parlamentarios: uno de ellos era el capitán Lamarque, más tarde tan famoso como general. Se hallaban

encargados de conceder «seis minutos» (3) a la guarnición para rendirse, pues sino debería ser «pasada al filo de la espada» (3). El comandante de Fuenterrabía se apresuró a capitular, y a las seis de la tarde salió de la plaza con su guarnición que, fuerte de ochocientos hombres, depuso las armas sobre el glacis quedando prisionera de guerra. Los trofeos y banderas tomados en Fuenterrabía y en las plazas vecinas fueron conducidos solemnemente a la Convención por el capitán Lamarque. La asamblea decretó por unanimidad que el ejército de los Pirineos Occidentales había merecido bien de la patria. Era dar a los soldados la recompensa que más deseaban, porque habían exclamado al cruzar el Bidasoa bajo un fuego mortífero: —¡Ah!, ¡esta vez es preciso que se hable de nosotros en la Convención!

Desde 1794 Fuenterrabía ha sido tomada y vuelta a tomar varias veces durante las guerras civiles. No es asombroso pues que sus fortificaciones no sean más que restos y que por todos lados los proyectiles de cañón o de fusil hayan dejado trazas aún visibles. En recompensa de sus largos y leales servicios, de sus valientes defensas a las cuales se asociaron más de una vez las mujeres mismas, los reyes de España colmaron a Fuenterrabía de testimonios de honor de que podían disponer para las villas heroicamente fieles a la monarquía: Felipe IV en 1639 y en 1650 la dió sus armas parlantes con el título de muy noble, muy leal, muy valerosa; Fernando VII la confirmó la apelación de *siempre muy fiel* (5) (7).

Como viejo y valiente soldado cubierto de heridas, privado de sus miembros y que se ve obligado a renunciar a las batallas, Fuenterrabía y no puede combatir más. Parece guardar sus mutilaciones y adornarse como un veterano se atavía con sus cicatrices.

A este sentimiento queremos atribuir el estado voluntario de degradación en que dejan sus habitantes varias partes de la villa. Ciertas murallas no permanecen en pie sino, por decirlo así, por costumbre; puede parecer peligroso pasar muy cerca de ellas; cuando por fin se desploman completamente, quedan en estado de escombros y nadie acude ni a levantarlas ni a hacer desaparecer sus restos acumulados en montículos blanquecinos. Si el ingeniero militar puede justamente asombrarse de esta manera de proceder, el dibujante, en revancha, encuentra a cada paso motivos pintorescos llenos de lo imprevisto. En estas ruinas de perfiles tan variados se refugian muy a menudo gitanos (7) de rasgos exóticos, de mirar negro como el carbón, de tez amarillenta como cuero de

Córdoba, y sus grupos misteriosos forman por sí mismos cuadros admirablemente compuestos.

V

La población actual.—La nueva villa.—Sardinas y baños de mar.—Las mujeres.—Las fiestas.—Las armaduras de viernes santo.—Malicia para las Francesas.—Id a Fuenterrabía.

Hasta ahora no he hablado sino de las piedras y no he dicho una sola palabra de los pobladores. Es, no obstante, un atractivo más de la villa. Los hombres, en medio de las ruinas de su ciudad, han guardado el amor a la independencia, esa sombría altivez, ese orgullo ingenuo que constituye el carácter indeleble del Vasco (4). Nuestros Vascos (4) franceses han conservado esa tradición, pues según sus canciones tan joviales, cuando Enrique IV llegó a ser rey (14), no fué Navarra la reunida a Francia, sino Francia la conquistada por Navarra. Y es así como sometieron «al reino más hermoso del mundo después del reino del cielo» (3).

Los hijos de Fuenterrabía (15) no tienen motivos de orgullo tan extraordinarios; en tanto que conservaron las cualidades vascas, parecen además haber sustituido las ambiciones guerreras por la pesca de la sardina. (16). En el bajo de la colina y fuera de la vieja ciudad, se ha construido un pueblo nuevo, pueblo de pescadores en que se hace, según se dice, un millón de negocio al año. Este arrabal, llamado barrio *de la Magdalena* (5); es al mismo tiempo estación de baños de mar donde las familias de los alrededores, sobre todo de Irún, acuden a una playa magnífica para saborear como en San Sebastián los agradables placeres del veraneo marítimo. El pueblo nuevo, que alza al fondo de la bahía del Bidasoa sobre

(14) Rey de Francia, porque ya lo era de Navarra (N. del T.).

(15) Escribe *Fontarabiens*, que en euskera se traduce por *Ondarribitarrak* (N. del T.).

(16) La pesca en Ondarribia data de fecha inmemorial; no hay sino examinar la reproducción del sello céreo del Concejo de Fuenterrabía, correspondiente a 1297, en una de cuyas caras muestra un esquife en persecución de la ballena, desde el cual cuatro pescadores lanzan con éxito dos arpones, mientras en el lado opuesto exhibe una plaza fuerte. de gran importancia con torreones, almenas, etc. (N. del T.).

calle recta y larga sus casas blancas, es la parte viva y vulgar de Fuenterrabía.

Existe otra gloria de Fuenterrabía, que no ha cesado de ser reconocida en nuestros días; esa gloria consiste en la belleza de sus mujeres. Se ensalzaba también en otros tiempos su valor como guerreras; parecen haber renunciado a esta parte de su reputación, pero no se han desarmado para el arte de ataviar su belleza con todas sus ventajas.

En la iglesia de Nuestra Señora el domingo, o hasta todos los días, en la fuente o dentro de los *miradores* (5) (7) (balcones con vidrieras) (17), es donde hay que asistir al despliegue de esos artificios inocentes que son generales a la gran dama y a la moza de, posada. Las mantillas, las largas trenzas, las faldas cortas, las pañolotas de colores chillones, las chaquetas de mangas estrechas, tales son los principales detalles, de un vestido. de que las mujeres de Fuenterrabía saben sacar partido maravilloso. Nuestras modas no han penetrado aún en ese peñascal; ¡y puedan no entrar nunca!

No son solamente los trajes antiguos los que han persistido hasta nuestros días; han quedado también los homenajes de fiestas de pasados tiempos, y reaparecen las viejas tradiciones especialmente en ocasión de las solemnidades religiosas; Hemos asistido a algunas ceremonias de lo más curiosas en ese género y que recuerdan los misterios de la Edad Media. El viernes santo se ve salir, no sé de qué arsenal, la más curiosa colección de viejas armaduras, de corazas seculares, de que se visten los «soldados romanos» (3) que velan en torno de la tumba del Cristo. El día de los Reyes, el cortejo de los reyes magos está representado por una tropa bizarramente trajeada. Esos Orientales de fantasía tienen la cara ennegrecida y llevan sobre sus espaldas un palanquín adornado de flores y de follaje, al fondo del cual se esconde misteriosamente velado un niño que representa al Dios recién nacido. Este grupo canta un cántico de entonaciones extravagantes que tiene la pretensión de simular música oriental cuyo ritmo singular y penetrante me persiguió mucho tiempo después de la ceremonia. Los magos, revocando su dignidad real, no tienen escrúpulo alguno en tender a los transeuntes las cuencas de sus manos de postulantes.

La fiesta nacional por excelencia, la corrida de toros, tiene también en Fuenterrabía carácter particular. Cuando va a haber corrida de

(17) Entre paréntesis (N. del T.).

toros, el *novillo* (5) y (7), que ha de ser el héroe de la fiesta, es conducido a la gran plaza al son de una música que basta, en mi opinión? para alterarle los nervios. Tiene ¡pardiez! los cuernos muy puntiagudos; se le tiene atado y fuertemente sujeto con una soga sólida y bastante larga para permitirle recorrer toda la *calle Mayor* (5) (7), desde la iglesia hasta la puerta del pueblo. A una señal convenida se sueltan en persecución suya tres o cuatro perros grandes, y en seguida todos los del pueblo, hasta los más íntimos mequetrefes, se mezclan como aficionados. Las reglas de esta corrida son las siguientes: el toro, en el límite de su cuerda, puede recorrer la gran calle y atacar a todo el que encuentre; solamente, como hace falta un refugio para la muchedumbre indefensa, no tiene derecho a perseguirla por las calles adyacentes. Cuatro fuertes mocetones, que sujetan el extremo de la cuerda, están ahí para detenerle si quiere permitirse esa fantasía. Puede destripar a perros torpes que le azuzan, y si acierta con una cornada a algún mozalbete desgraciado víctima de falsa maniobra, se recuerda durante mucho tiempo y se está conforme en que aquel día se divirtió mucho la gente de Fuenterrabía (6). Las señoras, con sus más lucidas toiletas, están en los balcones, agitando sus pañuelos, gritando bravo (5) (7) y arrojando ramilletes a los más atrevidos. Las boinas rojas voltean en el aire por todos lados y, en el gran balcón del *ayuntamiento* (5) (7), el alcalde y los notables del pueblo presiden la fiesta. Los ladridos de los perros, los bravos y los desafíos de la multitud, el ruido ensordecedor de los silbos y de los tamboriles, dan a este espectáculo animación y brío extraordinarios. Se está pronto al corriente de las reglas de este juego salvaje; pero lo que hay que anotar por lo menos a su favor es que no se mata al desgraciado toro y que el peligro para el espectador de la calle es después de todo fácil de evitar.

Sin embargo, desde los primeros días pudimos constatar, tras dos o tres alertas, que para nosotros Franceses no había límites a la largura de la cuerda y que los que cuidaban a que el toro no torciera por las calles de refugio, tenían distracciones cuando se trataba de los dos artistas a quienes querían ver correr. El verdadero peligro de esta corrida consiste en el pánico súbito de esa muchedumbre asustada por una vuelta ofensiva del toro. Cuando un niño tropieza y cae, se produce el apuro y el toro continuando su carrera recoge con una cornada al primero que encuentra.

Asistimos a otras fiestas no menos pintorescas y que son todas para el extranjero y para el artista festines de sibaritas; nos falta

espacio para describirlas y ya hemos dicho lo bastante para que nuestra afección hacia ese querido pueblecito vasco esté ampliamente justificada. A todos los que quieran, por decirlo así sin salir de Francia, conocer la más española quizás de las ciudades de España, les diremos después de haberlo experimentado: «Id a Fuenterrabía».

«Martín de ANGUIOZAR» traduxit

San Sebastián.